

La pola poligámica

Categoría 1- Texto largo

Por: Cabellero

Un hombre entra a un bar, no pretende nada más que tomar una cerveza, la pide en la barra y paga con un billete de diez mil pesos. Él no lo sabe, pero ha intercambiado una “pola” por otra Pola. En este escenario, el gesto mecánico y habitual de un hombre cualquiera en cualquier parte de Colombia ilustra que la Pola no es una sola, Policarpa es *poli*, cuenta con más de una cara, más de una versión: la Pola-mujer, la Pola-billete, la Pola-cerveza.

La Pola-mujer

La historia de la Pola-mujer, es incierta. Pese a que la Academia de Historia Colombiana declara a Guaduas¹ como su lugar de nacimiento, existen versiones populares que lo ubican en otros municipios cundinamarqueses como Tabio, Tenjo y Funza; también figuran Moniquirá (Boyacá); Ambalema y Mariquita (Tolima); Vélez, San José de Pare y Socorro (Santander); Tuluá (Valle); Ipiales (Nariño) y Mompo (Bolívar)². Las diversas especulaciones se explican por el hecho de que la Pola carece de partida de bautismo, lo que imposibilita dar certeza del lugar y fecha del nacimiento de la famosa heroína Colombiana.

Al igual que como ocurre con sus datos de origen, también su nombre completo se desconoce. Bajo el seudónimo de “la Pola” figuran los nombres Apolonia, Gregoria y Policarpa³. De este modo, la Pola resulta ser una mujer sin nacimiento, ni nombre: una fémina variable, etérea e intransigente -ser que rompe límites-; en otras palabras La Pola- Heroína es heroína, líquido que alimenta la euforia de una nación y la emancipa de ella misma. Así, sin lugar ni nombre, una vez entra en las venas se

¹ Noreña, M; Cortés, F (1995) *Compendio de biografías colombianas*. Panamericana Editorial, Bogotá. Pp 191

² «La Pola. Un Nacimiento Incierto», *El Tiempo*, 4 de mayo de 1996. Consultado el 7 de febrero de 2012.

³ «La Pola. Un Nacimiento Incierto», *El Tiempo*, 4 de mayo de 1996. Consultado el 7 de febrero de 2012.

disuelve, haciéndose irreconocible la diferencia entre la sustancia y el cuerpo que la contiene. Y entonces deja de ser relevante su nombre de pila y procedencia, para darle protagonismo a las sensaciones que produce en los consumidores.

De lo único que se tiene certeza es que la Pola finalmente muere en Bogotá, el 14 de noviembre de 1817⁴, defendiendo la libertad de la naciente Colombia. Desde ese momento se le relega a la memoria histórica el trabajo de mantener con vida su recuerdo, a través, no de la Pola-mujer, sino de la Pola-símbolo, -si es que alguna vez hubo una mujer-.

Varios pintores post-independencia intentaron preservar la imagen cultural de la Pola, pero, al igual que de nombre y bautismo, se carecía de imagen. El primer retrato de Policarpa fue realizado por José María Espinoza, el cual es en realidad una construcción artística basada en la vaga descripción hecha por José María Caballero, cronista de la Independencia, que reza así:

*“Era esta muchacha muy desperdida, arrogante y de bellos proceder, y sobre todo muy patriota; buena moza, bien parecida y de buenas prendas”*⁵

La iconografía –como casi todo lo que se conoce sobre la Pola-, surge de manera independiente a su fuente originaria. De este modo, la Pola se presta como signo para la puesta en escena de un sinnúmero de representaciones que dan cuenta de los imaginarios que existieron –y que aún persisten- sobre la feminidad y su desesperado grito por la libertad.

La Pola-Billete

El 20 de Julio de 1977, aparece por primera vez en Colombia, el rostro de una mujer impreso en sus billetes. Llama la atención que desde 1957 las mujeres habían adquirido el derecho al voto, sin embargo tuvieron que pasar 20 años más para poder conquistar el estatuto de emblema digno de aparecer en la moneda Colombiana. Como

⁴ Noreña, M; Cortés, F (1995) *Compendio de biografías colombianas*. Panamericana Editorial, Bogotá. Pp 191

⁵ Caballero, José María. *Diario de la Independencia*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular, volumen 71, 1974, pgs.243, 244.

si de algún modo, hubiera un desfase entre la aceptación legal de los derechos políticos de la mujer y el proceso cultural de asumirlos como legítimos. El billete se convierte en un acto político al enunciar a los héroes de su nación, es así como la aparición del rostro de “la Pola” en los billetes de dos pesos constituye una verdadera victoria femenina.

En “los poles”, nombre que recibieron los billetes del 77, aparece una mujer de cara ovalada, cejas delgadas y labios minúsculos, quien esquiva la mirada del observador, haciendo que se marquen las líneas de la comisura de la mejilla izquierda. En la parte inferior izquierda del billete violeta, aparece grabado el nombre de “Policarpa Salavarrieta”. Dieciocho años más tarde, en 1995, aparece de nuevo la imagen de la heroína colombiana, ahora en los billetes de diez mil pesos. Sin embargo, los retratos de 1977 y 1995, solo comparten la inscripción del nombre de la Pola al pie del billete. El más reciente, muestra la imagen de una mujer que mira fijamente al portador del billete, sus ojos grandes y el rostro angular transmiten la sensación de una mujer segura, dominante e insurgente, a la vez que los labios gruesos le aportan cierta sensualidad.

La diferencia marcada entre estas dos representaciones de una imagen desconocida hace sospechar que, la iconografía de los billetes, *-como arte en transacción-*, habla de una forma particular de acercarse a un momento social. El billete de 1995 da cuenta indudablemente de la forma en que las mujeres circulan actualmente, en donde se muestran cada vez más seguras y empoderadas, ya sea del rol que asumen o del billete en el que aparecen. En contraste con la versión de la Pola de 1977, quien se muestra delicada, hermosa, frágil y pequeña, en otras palabras, más *“femenina”*.

El billete, fácil y comúnmente naturalizado, esconde múltiples implicaciones sociales y adquiere una función mediática. Es un arte vivo que narra e impacta en tiempo real, al no estar reservado en museos/mausoleos, sino que circula por las venas de la ciudad, aliviando o martirizando a muchos, convirtiendo a sus usuarios en adictos, de alguna forma, a las imágenes. A su vez, la Pola se presta como lienzo en blanco que acoge los imaginarios culturales que se tienen sobre la mujer. La Pola-Billetes, se convierte en

ícono vacío, el cual al carecer de un contenido rígido y específico, se presta para reinventarse y acomodarse a necesidades específicas de la cultura y del arte contemporáneo. Los rostros de la Pola-billete concretan el constructo de la mujer colombiana, la cual se asume como cambiante, maleable, intrigante, explorable y al mismo tiempo desconocida. La feminidad en Colombia, al igual que en sus billetes aparece, se contorsiona, desaparece o muta, más nunca se cohesionan bajo una imagen unánime.

La Pola-Cerveza

El 20 de Julio de 1910, cien años después de que Colombia probara la heroína de la libertad en un gemido supremo, la cervecera Bavaria ofreció a la nación una sustancia distinta pero igualmente potente: la cerveza “La Pola”. Con el paso del tiempo el producto fue retirado del mercado. A pesar de ello, cien años después, el nombre de la Pola se le sigue atribuyendo a la bebida de cebada; sin embargo, la mayoría de los colombianos ignoran el origen de la Pola-Cerveza. Al igual que con la Pola-Mujer, pese a que su génesis se desconozca, el nombre y sus acepciones siguen vigentes, permeando la vida cotidiana de los colombianos.

Los ciudadanos se convierten, -sin saberlo-, en consumidores de imágenes silentes, quienes desconocen el impacto que dichos íconos pretenden tener sobre sus cuerpos y mentes a través de gestos habituales, como pedir una pola en una tienda e intercambiarla por un billete. Así, las imágenes que circulan en los billetes intentan contar una historia en un idioma que carece de lectores. El constante flujo de imágenes cambiantes nos ha convertido, de alguna forma, en analfabetas visuales incapaces de percibir las narraciones que se pretenden relatar a través la iconografía tradicional.

El bombardeo y la hiper-producción de imágenes se ha convertido en el modelo occidental que genera un efecto contrario al esperado. Así, en lugar de facilitar la producción de significados tácitos, los naturaliza eliminando la importancia de la historia detrás del ícono. De este modo, se ha generado una memoria amnésica, en

donde, en lugar de recordar a la Pola como heraldo del rol de la mujer en la independencia colombiana, ésta aparece solo como un sustantivo que cobija múltiples imágenes cuya validez depende de su capacidad para ser usadas en el presente. De este modo, lo único que permanece inmutable es un significante sin significado, es decir una representación que por sí misma carece de sentido.

Las imágenes se encuentran a la merced de una población que cíclicamente las consume e intercambia para después desecharlas haciendo espacio para las –ya esperadas- nuevas imágenes. Dicho elemento enmarca el tráfico de íconos: imágenes que circulan libremente al facilitar transacciones, pero que carecen de valor en sí mismas; de este modo reclaman emancipación para poder adquirir significados propios, podría decirse que así como se trafica con heroína se trafica con la Heroína.

La Pola-ícono da cuenta de una forma particular en la que los sujetos contemporáneos en Colombia se relacionan con la feminidad como imagen y de la tendencia cultural a la naturalización y la eventual re-utilización de los símbolos. Bajo esta lógica, el símbolo no adquiere un significado por la historia que este representa, sino que por el contrario, se trata de un espacio social a la espera de ser cargado de contenido a través de su circulación.

El fenómeno de “La Pola” concreta la verdadera esencia del billete como objeto que facilita el intercambio, el cual solo tiene sentido en la medida que este cuente con un valor imaginado, atribuido como real colectivamente. Para que un billete o ícono pueda ser usado, solo basta que este circule, que ruede por las manos de los usuarios y adquiera así un significante cultural.

En el discurso político manifiesto se busca, a través del billete, preservar la memoria histórica. Sin embargo, de forma latente yace una comunidad cuyo funcionamiento reta la forma en la que se espera que sean acogidas y preservadas las narrativas de dichas imágenes al reinventar constantemente tanto la iconografía como sus significantes. Las imágenes acaban pareciéndose a los “poles” (billetes) y a las “polas” (cervezas): en un momento están, y al siguiente no. El caso de “La Pola”, es tan solo

uno de los múltiples ejemplos posibles. Colombia se presta como escenario abarrotado de íconos a la espera de ser notados, leídos y resignificados los cuales pueden estar aguardando en los lugares más insospechados, como en la tienda del barrio o en un pliegue de la billetera.

Bibliografía

Noreña, M; Cortés, F (1995) *Compendio de biografías colombianas*. Panamericana Editorial, Bogotá. Pp 191

«La Pola, Un Nacimiento Incierto», *El Tiempo*, 4 de mayo de 1996. Consultado el 7 de febrero de 2012.